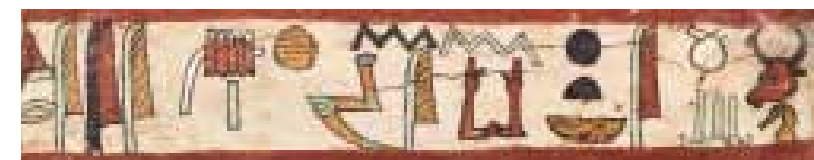




Iqer, el arquero



De tez oscura y rasgos negroides, tal vez nubio, Iqer, «el excelente», debió de luchar en el bando del gobernador de Tebas que se coronó rey del Alto y Bajo Egipto tras vencer en la guerra civil contra el norte. Fue enterrado hace 4.000 años con sus bastones de mando, arcos y flechas en Dra Abu el-Naga, en la orilla occidental de Luxor. Arqueólogos españoles hallaron intacto su enterramiento, lo que nos permite asomarnos a una época poco conocida de la historia de Egipto.

El rais Ali Farouk y sus ayudantes extraen con sumo cuidado el ataúd de Iqer de su lugar de enterramiento. Arriba, su nombre, en el extremo izquierdo de la inscripción que aparece en los pies del féretro.

JOSÉ MANUEL GALÁN (IZQUIERDA);
JOSÉ LATOVA (ARRIBA)



Arqueros nubios empleados como mercenarios en el ejército del tebano Montuhotep II en la contienda contra el norte, tras la cual se coronaría rey del Alto y Bajo Egipto. Esta maqueta, de piezas de madera, formó parte del equipamiento funerario de un tal Mesehti, enterrado en Assiut a mediados de la XI dinastía, hacia 2000 a.C. Sus arcos y flechas son iguales que los de Iqer, que bien podría haber sido uno de ellos.



Pese a los rasgos negroides de Iqer, la máscara funeraria con la que fue enterrado lo inmortalizó con la tez amarillenta y una barba incipiente.

Tebas, capital del Alto Egipto, hacia 1470 a.C. Djehuty, supervisor del Tesoro y de los artesanos bajo el reinado de Hatshepsut, en su afán por construirse una «morada para la eternidad» que llamara la atención de quienes anduvieran por aquella zona de la necrópolis, ordenó ampliar la fachada tallada en la roca de la colina de Dra Abu el-Naga con sillares de piedra caliza hasta superar los cinco metros de altura. Además alargó el patio de entrada hasta los 34 metros de longitud. Para conseguir un patio tan largo, los trabajadores fueron tirando delante de la fachada las lascas de piedra resultantes de picar la roca para construir la parte interior de la tumba-capilla, con el fin de nivelar la inclinación natural de la falda de la colina y lograr así una mayor superficie horizontal. En el proceso, consciente o inconscientemente, cubrieron enterramientos anteriores, 500 años más antiguos, de alrededor del año 2000 a.C., y al hacerlo, quedaron ocultos y protegidos hasta nuestros días.

El 14 de febrero de 2007 hallamos, a 22 metros de la fachada, un ataúd cuya base descansaba sobre la roca madre a solo un metro por debajo

del nivel del «falso suelo» del patio de Djehuty. Había sido cubierto simplemente con tierra y, al no disponer de protección alguna, las sucesivas filtraciones de agua habían acumulado gran cantidad de barro en el interior del féretro. Su propietaria, a la que apodamos *Valentina*, era una mujer de más de 50 años cuyo único adorno era un ligero collar de cuentas de fayenza y que por todo ajuar tenía dos pequeñas vasijas de barro.

Al año siguiente descubrimos en esa misma zona un segundo enterramiento. En esta ocasión el ataúd había sido empujado hasta el interior de una pequeña oquedad en la roca madre, que luego se cerró con grandes piedras. La pista de este enterramiento nos la proporcionó el hallazgo previo de una bandeja de barro que se había dejado fuera, a la entrada de la oquedad, para hacer las libaciones de despedida del difunto una vez hubiera sido enterrado. Al lado del ataúd, junto a la parte donde reposaba la cabeza, había cinco flechas fabricadas con cañas y madera de acacia. A pesar de que por dentro del abrigo rocoso también había corrido el agua, estaban en buen estado y todavía conservaban algunas plumas de ave pegadas en el extremo posterior.

Las flechas se habían partido en dos de forma intencionada para que no pudieran utilizarse por arte de magia contra el difunto en el Más Allá.

A diferencia del anterior, este ataúd estaba pintado de rojo, con una banda blanca que recorría los cuatro laterales y la tapa y estaba inscrita con signos jeroglíficos policromados de estilo naif característico de la XI dinastía, de hacia el año 2000 a.C. Como anécdota cabe destacar que el escriba, siguiendo con el mismo «juego» que con las flechas, cortó el cuello a la figura de la serpiente, que en egipcio antiguo se utiliza para escribir la letra efe, para que no pudiera cobrar vida y herir al difunto.

Las inscripciones solicitan a las divinidades de la necrópolis, Osiris, Anubis y Hathor, que concedan al propietario un buen enterramiento y todo tipo de ofrendas. Su nombre, Iqer, que significa «el excelente», aparece escrito una sola vez en los pies del ataúd. Fue depositado de costado y mirando hacia el este, hacia la salida del sol. Iqer podría ver cada mañana el astro por arte de magia a través de dos grandes ojos pintados en ese lateral. Su cuerpo fue envuelto en un sudario y la cabeza y el torso se cubrieron con una máscara funeraria de cartonaje pintada de vivos colores, con la tez amarillenta (el color convencional para los varones) y con la representación de una barba incipiente y un ancho collar de cuentas de fayenza sobre el pecho. Sobre la momia se colocaron cuatro bastones de mando y dos arcos casi de su misma altura. Iqer medía 1,57 metros y debió de fallecer ya cerca de los 40 años. Su cráneo parece indicar que era de tipo negroide y que en la adolescencia recibió un fuerte golpe en el pómulo izquierdo que le dejó el hueso deformado. Además, debió de sufrir dolores de espalda, como refleja una lesión en la quinta vértebra lumbar.

La egiptóloga Salima Ikram, de la Universidad Americana de El Cairo, puntualiza que «el enterramiento intacto de Iqer es uno de los hallazgos arqueológicos más excitantes de la antigua Tebas. Cada aspecto del conjunto funerario es un auténtico tesoro de información, desde su ataúd pintado con prisas [así lo sugieren los churretones de pintura roja que manchan la banda blanca y

los signos jeroglíficos de la inscripción, pintados previamente], hasta los insectos que proliferaron en su cuerpo humildemente momificado».

Es posible que Iqer fuera uno de los guerreros nubios empleados como mercenarios por Montuhotep II, el primer gobernante de Tebas que consiguió coronarse rey del Alto y del Bajo Egipto hacia el año 2000 a.C., durante la XI dinastía. El desgaste de la guerra civil contra los reyes del norte había empujado al líder rebelde tebano a engrosar su ejército con soldados extranjeros, y muchos de ellos, tras arrasar Heracleópolis, se asentaron en la nueva capital del reino, Tebas, quedando al servicio del nuevo soberano. El ejército se había convertido en un medio factible para inmigrar e integrarse en la sociedad egipcia, e Iqer podría haber sido un buen ejemplo de ello. La carrera militar era ya entonces un modo eficaz y rápido de promoción social.

Montuhotep II, unificador del país, se convirtió en el rey tebano por excelencia y su recuerdo perviviría durante siglos entre los monarcas egipcios. Quinientos años después la reina Hatshepsut busca asociarse a él construyendo junto a su tumba y templo funerario el suyo propio, en Deir el-Bahari. Por otro lado, los artistas y escribas de la reina, como lo fue Djehuty, consideraron aquella época como el clasicismo y buscaron en ese pasado los modelos y la inspiración a partir de los cuales desarrollar sus creaciones.

La extracción del ataúd de Iqer del lugar donde recibió sepultura fue muy laboriosa: parte del techo de la oquedad se encontraba medio metro por debajo del muro lateral de adobes del patio de entrada a la tumba-capilla de Djehuty, que en ese punto alcanzaba tres metros de altura y cuya estabilidad no debíamos debilitar. El agua que en época antigua se filtró dentro del ataúd estropeó parte de la máscara de cartonaje y del sudario, y por fuera provocó que la tierra con la que se enterró parcialmente se incrustara en la pintura. Su limpieza y consolidación se llevó a cabo durante las cuatro campañas siguientes en el interior del monumento de Djehuty. En mayo de 2012 Iqer fue trasladado al Museo de Luxor, donde hoy se exhibe con sus inseparables arcos, flechas y bastones de mando. □



La morada de un guerrero

Iqer fue enterrado de costado y mirando hacia el este dentro del estrecho ataúd, con sus bastones y arcos colocados encima (izquierda). El féretro se pintó de rojo, con una banda blanca inscrita con jeroglíficos policromados que recorren los cuatro laterales y la tapa. Los textos invocan a las divinidades protectoras de la necrópolis, Anubis, Osiris y Hathor, para que propicien todo tipo de ofrendas y un buen enterramiento. A lo largo de los siglos, las sucesivas filtraciones de agua penetraron hasta el interior del ataúd, dañando inevitablemente parte de la máscara de cartonaje y del sudario que envolvía la momia.



EXTREMO DE LA CABEZA EXTREMO DE LOS PIES



LATERAL ORIENTADO HACIA EL ESTE



LATERAL ORIENTADO HACIA EL OESTE

JOSÉ MIGUEL PARRA (MOMIA),
JOSÉ LATOYA (ATAÚD Y DETALLES)



Los ojos *udjat* se asocian al dios Horus y a su papel como protector de su difunto padre Osiris. A través de estos dos ojos «mágicos» pintados en el exterior del lateral orientado al este, Iqer podría despertarse y ver la salida del sol cada día.



En el Antiguo Egipto todo lo que estaba escrito era susceptible de cobrar vida. La serpiente, que equivale a la letra efe, se usaba como pronombre de tercera persona del singular. Para evitar que pudiera herir a Iqer, el escriba cortó el cuello al reptil.



El plural puede escribirse mediante tres palitos o repitiendo tres veces el signo del nombre. Para evitar la monotonía, el escriba alterna los colores de signo *set*, que representa un trono y que, así, significa «lugares».



La letra eme se representa con el dibujo de una lechuga, que en el ataúd de Iqer adopta un estilo naïf muy simpático. En esta época la falta de un estilo canónico daba mayor libertad a los artistas.



CRONOLOGÍA

PRIMER PERÍODO INTERMEDIO	2118-1980 A.C.
XI dinastía (en Tebas)	2080-1940 A.C.
Montuhotep II	2009-1959 A.C.
Iqer	
IMPERIO MEDIO	1980-1760 A.C.
XII dinastía	1939-1760 A.C.
SEGUNDO PERÍODO INTERMEDIO	1759-1539 A.C.
INICIO DEL IMPERIO NUEVO: XVIII dinastía	1539-1292 A.C.
Hatshepsut	1479-1458 A.C.
Djehuty	



Arcos y flechas

Cuatro bastones de mando de algo más de un metro de altura y dos arcos de 1,52 y 1,62 metros fueron colocados sobre la momia de Iqer, dentro del ataúd. Las maderas son de acacia y tamarisco. En los extremos de los arcos todavía se conservan los nudos del tensor, hecho con intestino de animal (derecha). En el exterior del ataúd, junto a la cabeza del difunto, se depositaron cinco flechas que milagrosamente han conservado parte de las plumas de ave pegadas en el extremo posterior (izquierda). Las flechas miden unos 82 centímetros y son de caña, con una vara de acacia en su interior que asoma por un extremo para que la punta sea más pesada y resistente.





Anubis, el chacal

Anubis, el dios de la momificación, adopta la forma de chacal. En la tapa del ataúd, su nombre termina de una forma peculiar e intrigante, la figura de un rey coloreada de rojo (arriba, izquierda), mientras que en el lateral oeste mantiene la convencional figura



sedente de una divinidad (arriba, derecha). Un fragmento de la inscripción de la tapa (abajo), la parte que mejor se conserva, reza: «Una prerrogativa que concede el rey y Anubis, [...] quien está frente al gran dios, señor del cielo, en todos sus lugares apropiados. Que ellos realicen para ti un enterramiento adecuado en tu tumba del desierto occidental».

